

Poco tiempo permaneció en Barcelona el rey Luis. Dejando en ella en calidad de conde á Bera, noble godo, y uno de los capitanes que mas se habian distinguido en el asedio, con fuerte guarnicion de francos y españoles, regresó á Aquitania. Desde allí despachó al conde Bego á anunciar al emperador Cárlo-Magno, su padre, los triunfos de sus armas, enviándole en testimonio de ello al ilustre y desgraciado prisionero Zaid con multitud de despojos de guerra. Bego encontró en Lyon un ejército que Cárlo-Magno enviaba en auxilio de su hijo Luis,



CÁRLO-MAGNO

al mando de Cárlos su hermano mayor, el cual, no siendo ya necesario, volvió incorporado con Bego cerca de su padre. Extraordinario júbilo causó al emperador la nueva de la conquista de Barcelona, y acaso, añade un historiador francés, le halagó un momento la idea de poder hacer de toda España una provincia del imperio de Occidente con que acababa de ser investido (1). Cuéntase que Zaid fué mal recibido y no mejor tratado por el nuevo emperador, y que el mismo día de su presentación le condenó á destierro.

Tal fué el famoso sitio y toma de Barcelona por Ludovico Pio, hijo de Cárlo-Magno y rey de Aquitania; uno de los mas importantes acaecimientos de aquella época, por las consecuencias que estaba llamado á producir; verdadero fundamento de la Marca Gótica, y principio y base del condado de Barcelona, que tanta influencia y tanto peso habia de tener en la solemne lucha entre el mahometismo y el cristianismo, entre la esclavitud y la libertad de España, que hacia cerca de un siglo se habia inaugurado.

## CAPITULO VIII

Alfonso II en Asturias: Alhakem I en Córdoba

DE 802 Á 843

Recobra Alhakem una parte del territorio perdido en la España Oriental.—Noche horrible y trágica en Toledo.—Espantoso espectáculo.—Crueldad abominable del walf Amrú.—Sublevacion en Mérida apagada. La bella Alkinza.—Conspiracion en Córdoba contra el emir.—Otra catástrofe sangrienta.—Cárlo-Magno y su hijo Luis de Aquitania intentan en vano por tres veces distintas tomar á Tortosa.—Frústrase otra expedicion de los francos contra Huesca.—Invasion de Ludovico Pio, rey de Aquitania, hasta Pamplona.—Sus exquisitas precauciones al regresar por Roncesvalles.—Triunfos del rey Alfonso el Casto en Galicia sobre los árabes.—Famosos rescriptos de Cárlo-Magno y Luis el Pio en favor de los españoles de la Marca Hispana.—Abdicacion del emperador Cárlo-Magno en su hijo Luis.—Alhakem proclama sucesor del imperio á su hijo Abderrahman.—Muerte de Cárlo-Magno y division de sus Estados.—Horrorosas escenas en Córdoba.—Suplicio de trescientos nobles musulmanes.—Famosa destruccion del arabal.—Emigracion de veinte mil cordobeses.—Misantropía de Alhakem: sus demencias: su muerte.—Alfonso el Casto: funda y dota la catedral de Oviedo.—La cruz de los Angeles.—Invenccion del sepulcro del apóstol Santiago.—Se erige en catedral el templo de Compostela.—Restablece Alfonso el orden gótico en su reino.—Ultimos hechos de Alfonso el Casto: su muerte.

Dominaba Alfonso el Casto en el segundo año del siglo IX además de las Asturias, el país de Galicia hasta el Miño, algunos pueblos de lo que despues fué Leon y Castilla, la Cantabria y las provincias vascas, debilitándose su accion en estas últimas hasta perderse en la Vasconia, que á veces se sometia á los sarracenos ó se aliaba con ellos ó con los francos, ó se mantenian libres algunas de sus comarcas el tiempo que podian. Las ciudades de la Lusitania, poseidas por los árabes,

(1) Cárlo-Magno recibió la corona del imperio de Occidente de mano del papa Leon III en Roma el año 800.

pero expuestas á las irrupciones de los cristianos de Asturias, solian mudar frecuente aunque momentáneamente de dueño, segun los varios sucesos de la guerra. Los musulmanes acababan de ver desmembrarse una buena parte de su imperio por una y otra vertiente del Pirineo Oriental, y la conquista de Barcelona aseguraba al hijo de Cárlo-Magno el territorio español que con el nombre de Marca Hispana se extendia desde las fronteras de la Septimania hasta Tortosa y el Ebro, y constituia una parte integrante de la Marca Gótica.

No se comprende la causa de haber estado el emir Alhakem tan remiso en socorrer á los apurados defensores de Barcelona. Acaso no le pesaba ver comprometido á aquel Zaid que antes habia cometido la imprudente ligereza de ofrecer la entrega de la plaza á Cárlo-Magno. Es lo cierto que todo estaba terminado ya cuando el emir se movió con su ejército á Zaragoza. No fué, sin embargo, estéril esta expedicion. Procedió primeramente á ocupar á Pamplona que no perdonaba ocasion de desprenderse del dominio musulman, y descendiendo por las riberas del Ebro pasó á Huesca, cuyo walf Hassan era de aquellos que se ofrecian á musulmanes y á cristianos, y no guardaba fe ni á cristianos ni á musulmanes. Y habiendo restablecido allí su autoridad y acaso decapitado al walf (de quien por lo menos no volvió á saberse), dedicóse á exterminar al famoso guerrillero mahometano Balhul, que desde Tarragona, la antigua ciudad de los Escipiones, y de los Césares, ahora guarida de un bandido musulman, con sus bandas de cristianos, gente ruda y montaraz de los Pirineos, sorprendia las guarniciones musulmicas de las comarcas del Ebro, vejaba las poblaciones y devastaba los campos. Pudo el emir apoderarse fácilmente de Tarragona, que se hallaba desmantelada de muros, pero habiéndose corrido Balhul hácia Tortosa, allí le persiguió el emir, que despues de darle muchos combates parciales logró al fin vencerle en formal batalla, no sin esfuerzo grande, que no menos de catorce horas se sostuvo peleando con impavidez el rebelde caudillo musulman. Cayó por último vivo en manos del emir, que instantáneamente y en el acto le hizo decapitar (803). Con esto y con proveer á la seguridad de la frontera, sin intentar por entonces recobrar á Barcelona, regresó Alhakem por Tortosa, Valencia, Denia y el país de Tadmír á Córdoba, desde donde envió una embajada (804), con un séquito de quinientos caballeros andaluces, al jóven Edris ben Edris, que acababa de ser proclamado emir independiente del Magreb, ofreciéndole su amistad y alianza; que importaba mucho á los Omniadas de Córdoba fomentar todo lo que fuese desmembrar el imperio de los Abassidas de Oriente (2).

Una serie de horribles tragedias, tan espantosa que las tomáramos por ficciones de imaginaciones sombrías si no las viéramos por todas las historias árabes confirmadas, señalaron el resto del reinado del primer Alhakem.

Atónitos y helados de estupor se hallaron una mañana los moradores de Toledo al ofrecerse á sus ojos el sangriento espectáculo de cuatrocientas cabezas separadas de sus troncos y destilando sangre todavía. El espanto se mudó en indignacion al saber que aquellas cabezas eran de otros tantos nobles toledanos. ¿Quién habia sido el bárbaro autor de aquella horrorosa matanza, y cuál la causa del espantoso sacrificio?

Recordará el lector que cuando el walf Amrú rescató á Toledo del poder del rebelde Ambroz, cuya cabeza llevó al emir hallándose en Chinehilla, habia dejado por gobernador de la ciudad á su hijo Yussuf. Este inexperto y acalorado jóven habia con sus violencias y su imprudente conducta exasperado en tal manera á los toledanos, que llegó á producir un tumulto popular en que su alcázar, su guardia, su vida misma corrieron inminente riesgo. Interpusiéronse los jeques y principales vecinos, y lograron apaciguar la tumultuada muchedumbre. Mas sabiendo que el imprudente walf intentaba hacer un ejemplar escarmiento en los sublevados, y temiendo que provocara nuevos desórdenes y desafueros, apoderáronse ellos mismos del temerario Yussuf, y encerráronle en una fortaleza

(2) Este Edris ben Edris, segundo emir independiente de Africa, fué el que despues en 807 (191 de la hégira) edificó la ciudad de Fez, que vino á ser capital de un imperio.

za, enviando luego un mensaje al emir en que le participaban respetuosamente lo que se habian visto forzados á hacer para sosegar al irritado pueblo. Recibió el emir estas cartas cuando iba á Pamplona, enseñóselas á Amrú, el padre de Yussuf, y despues de haber acordado sacar á Yussuf de Toledo, donde su presencia era peligrosa, y dádole la alcaidia de Tudela, Amrú, disimulando el agravio, se convidó á reemplazar á su hijo en el gobierno de Toledo á lo cual accedió el emir.

Oculto llevaba ya Amrú un pensamiento de venganza contra los nobles toledanos que habian sabido enfrenar á su desacordado hijo. Meditaba una ocasion, y quiso que fuese estruendosa y solemne. Enviaba Alhakem á la España Oriental cinco mil caballos andaluces al mando de su hijo Abderrahman, jóven de quince años. Al pasar la hueste cerca de Toledo salió Amrú á rogar al jóven príncipe se dignase entrar en la ciudad y descansar algun dia en su alcázar. Aceptó Abderrahman la invitacion, y se hospedó en casa del walf, el cual para obsequiar al ilustre huésped dispuso para aquella noche un magnífico festin, á que convidó á todos los vecinos mas distinguidos y notables de la ciudad. Acudieron estos á la hora señalada. Al paso que los convidados entraban confiadamente en el alcázar, apoderábase de ellos los guardias de Amrú, conducíanlos á una pieza subterránea, y allí los iban degollando. El trágico término del festin le pregonaban á la mañana siguiente las cuatrocientas cabezas que el bárbaro Amrú hizo enseñar al pueblo para inspirarle terror. ¿Qué parte habian tenido en la horrenda matanza Alhakem y su hijo? Si el emir no la habia ordenado ó consentido, por lo menos así se divulgó por la ciudad, y gran parte del odio y de la animadversion pública cayó sobre él (805). En cuanto al jóven Abderrahman, no se le creyó participante de la negra traicion. A los tres dias salió con su hueste en direccion á Zaragoza (1).

Amagaba casi al mismo tiempo en Mérida otra catástrofe, que acertó á evitar la resolucion animosa de una mujer. Esfah, el primo y cuñado de Alhakem, que tenia el gobierno de aquella ciudad, habia destituido á su wazir, el cual persuadió al emir de Córdoba que su destitucion envolvia de parte de Esfah el proyecto de sustraerse á la autoridad del emirato y de proclamarse independiente. Creyólo Alhakem, y á su vez ordenó la separacion de Esfah. Negóse este á obedecerle diciendo: «Pues qué, ¿así se depone á un nieto de Abderrahman como á un hombre vulgar?» La respuesta excitó la cólera de Alhakem, que partió al punto á Mérida, resuelto á hacer un ejemplar escarmiento en el soberbio walf. Guerra terrible amenazaba á Mérida sitiada por el ejército de Alhakem, desgracias y desórdenes se temian dentro de la poblacion, cuando por una de las puertas de la ciudad se ve salir montada en un fogoso corcel una mujer árabe lujosamente vestida, que acompañada de dos solos esclavos atraviesa impávida el campo de los sitiadores, y se dirige y llega hasta el pabellon del emir. Era la bella y virtuosa Alkinza, hermana de Alhakem y esposa de Esfah, que con varonil resolucion habia salido á interceder, y con elocuente persuasiva pedia gracia al ofendido hermano en favor del desobediente marido. Dejóse vencer Alhakem á pesar de la acritud y aspereza de su genio, y se conjuró y desvaneció la tempestad. Juntos y en armonia entraron los dos hermanos en Mérida, y Esfah, que no esperaba sino ser decapitado si caia en manos del emir, le tuvo hospedado en su casa y recibió de él la confirmacion de su autoridad. Convirtiósese en alegría y fiesta lo que se creyó que ocasionaria solo llanto y luto, y Mérida bendecia á la noble y hermosa Alkinza (806).

Mas si la borrasca de Mérida se habia conjurado por la mediacion benéfica de una mujer, otra tan terrible como la de Toledo se preparaba en Córdoba, que ayudó á estallar el maléfico soplo de un hombre instigador. Una conspiracion se habia fraguado en la capital del imperio contra el aborrecido emir. Cassim, su primo, habia fingido entrar en ella, y bajo la fe de conjurado le habia sido confiada la lista de los conspiradores, que eran hasta trescientos caballeros de los principales de Córdoba. El desleal Cassim escribió reservadamente á

su primo que se hallaba en Mérida, indicándole lo que pasaba y excitándole á que sin pérdida de tiempo se trasladase á Córdoba para castigar á los conjurados. Así lo ejecutó el colérico emir. Dos dias antes que hubiera de estallar la conspiracion, Cassim, que estaba al corriente de todos sus planes y pasos, entregó á su primo la fatal nómina, previniéndole que no se descuidase en hacer lo que convenia. «No se durmió el rey, añade la crónica, y por diligencia del walfcodá, ó presidente del consejo, á la tercera vela de la noche vió tendidas sobre sus alfombras las trescientas cabezas de los conjurados, y mandó que amaneciesen puestas en garfios en la plaza, y escrito sobre ellas: *Por traidores enemigos de su rey*. Horrorizó al pueblo este atroz espectáculo, ignorando la mayor parte la causa de este escarmiento (2).» Así practicaba Alhakem los humanitarios consejos que su padre le habia dado al tiempo de morir!

Despues del viaje de Alhakem á las fronteras del Ebro, los vascones y pamploneses parece se habian desprendido de nuevo de la sumision á los árabes uniéndose al rey de Aquitania, y en Galicia los caudillos musulimes habian concertado ya una tregua de tres años con los cristianos del rey Anfús (Alfonso); que de esta manera se entablaban ya negociaciones entre el pueblo conquistado y el pueblo conquistador (3).

Donde mas viva se mantenía la guerra, aunque en parciales choques y sin resultados sustanciales, era en el territorio que entre el Pirineo y el Ebro se conocia ya con el nombre de Marca Hispana, siendo ahora Barcelona el baluarte principal de los franco-aquitianos, como antes lo habia sido de los árabes, y sirviendo á estos de apoyo la plaza de Tortosa, que como llave del Ebro y el punto mas avanzado que les quedaba ya de aquella frontera se habian dedicado á abastecer en abundancia y á fortificar con esmero. Era tambien por lo mismo el punto en que tenia clavada su vista Cárlo-Magno desde su palacio de Aquisgran. Así en cumplimiento de sus órdenes, de que era su hijo Luis de Aquitania dócil ejecutor, salieron en 809 de Barcelona dos cuerpos de ejército á poner sitio á Tortosa, el uno á las inmediatas órdenes del mismo rey Luis, el otro á las de Borrell, marqués de Gothia, de Bera, conde de Barcelona, y de otros condes de la Marca de España. El primero recobró de paso á la desmantelada Tarragona, tomó algunas fortalezas, destruyó otras, incendió y saqueó las poblaciones del tránsito y se puso sobre Tortosa. El segundo, despues de una correría hasta el Guadalupe, cuyos romancescos pormenores é incidentes se complacen las crónicas francas en contar, logró al fin incorporarse con el primero ante los muros de aquella plaza, cuyo asedio emprendieron con vigor. Mas habiendo acudido desde Zaragoza el jóven príncipe Abderrahman junto con el walf de Valencia, dieron tan impetuosa acometida á los cristianos, que haciendo en ellos no poca matanza obligaron á los francos á tomar el camino de Barcelona con mas precipitacion de la que competia á soldados de Cárlo-Magno, á tantos condes acreditados de guerreros y á un rey tantas veces victorioso cual era el hijo del emperador.

Ganó con esto no poca fama entre los suyos el jóven Abderrahman, que apenas frisaba entonces en los 19 años. Mas en vez de recoger los frutos de su primera victoria, corrió á recoger aplausos en Córdoba, siendo nombrado en su lugar walf de Zaragoza el famoso Amrú, el verdugo de Toledo (809). El gobierno de Zaragoza era tentador para un musulman del temple de Amrú. Distante del gobierno central, y comprendiendo bajo su dependencia porcion de ciudades importantes de las fronteras de la Marca y de la Vasconia, comprendió Amrú el partido que de su nueva posicion podia sacar, haciendo un doble papel con el emir su señor y con Cárlo-Magno, el jefe de la cristiandad. Y como por muerte del conde franco Aureolo se apoderase bruscamente de las plazas de la Marca, por un lado escribia al emir poniendo á su disposicion con la alegría de un celoso musulman su nueva conquista, mientras por otro despachaba un mensaje á Cárlo-Magno ofreciendo ponerse á su servicio: mensaje en que el emperador creyó de lleno, correspondiéndole con otro y enviándole lega-

(2) Conde, cap. 34.

(3) Eginhard, ad ann. 806.—Conde, ubi supra.

(1) Conde, cap. 32 y 33.



dos para acordar la ejecución de lo prometido. Pero el astuto y falaz moro manejóse con tal maña, que los legados hubieron de volverse sin llevarse otro resultado que buenas y muy atentas palabras y otras promesas.

De todos modos no desistía Cárlo-Magno de su empresa sobre Tortosa. Además de la importancia de la plaza, el honor de las armas francas se hallaba empeñado en ello. Así al año siguiente (810), dispuso otra expedición, que encomendó, no ya á su hijo, á quien destinó á defender las costas de Aquitania de las depredaciones de los normandos, sino á Ingoberto, uno de los leudes de su mayor confianza. Otra vez partieron de Barcelona dos cuerpos de ejército. Singulares eran las precauciones con que marchaban. Caminaban solo de noche, muy en silencio y por desusadas veredas; ocultábanse de día en los bosques; ni llevaban tiendas, ni encendían fuego, pero iban provistos de unas barcas de cuatro piezas, que se armaban y desarmaban fácilmente, y podían ser trasportadas en acémilas, con las cuales atravesaron el Ebro. ¿De qué les sirvieron tan exquisitas precauciones? El wali de Tortosa Obeidalah los hizo retirarse de delante los muros de la plaza tan vergonzosamente como la vez primera. El leude Ingoberto no fué mas afortunado que lo había sido el rey Luis, y las huestes del gran emperador cristiano volvieron á la Aquitania con gran prisa y no poco bochorno (1).

A pesar de tan mal éxito, y cuando menos el emperador Cárlo-Magno podía esperar, recibió en Aquisgran una diputación del emir Alhakem proponiéndole la paz; y es que el emir, fatigado de guerrear con los cristianos de Galicia, conocía lo difícil de sostener á un tiempo las dos luchas de Oriente y Occidente. Aceptóla Cárlo-Magno; si bien una expedición marítima de los árabes á la isla de Córcega dependiente del imperio, sirvió de pretexto para romperla antes de trascurrir un año. Y hijo en su idea favorita de tomar á Tortosa, un nuevo y mas numeroso ejército que los dos anteriores, al mando otra vez de Luis el Pio, partió en dirección de la codiciada ciudad. Provisto esta tercera vez Ludovico de todo género de máquinas de batir, hízolas jugar contra la plaza por espacio de cuarenta días. Una sumisión menos real que ilusoria, de parte del wali Obeidalah, que ofreció entregar las llaves de la ciudad, y que debió ser uno de los tantos ardidés que los sarracenos solían emplear en los casos apurados para entretener al enemigo, fué bastante para que el rey Luis regresara á Aquitania sin que de esta tercera expedición hubiera recogido fruto alguno que por positivo y duradero pudiera tenerse (2). Tanto que, picado el emperador su padre del poco resultado de esta empresa, envió en el mismo año de 811, otro cuarto ejército á la Marca de España á las órdenes del conde Heriberto, que esta vez parecía dirigido menos contra Tortosa que contra Huesca y los demás puntos que antes había poseído Aureolo y de que se había apoderado despues Amrú, á quien acaso iba á pedir cuenta de la falta de cumplimiento de su promesa y de su conducta ambigua y falaz.

Tampoco fué esta invasión mas feliz que las tres primeras. Desgraciadas fueron estas tentativas de los francos, y ni Cárlo-Magno, ni su hijo, ni sus leudes y condes ganaron en ellas gran reputación.

Ni fueron tampoco mas afortunados en otra incursión que al año siguiente (812) hizo el rey de Aquitania á otra comarca de nuestra Península, tiempo hacia de los monarcas francos codiciada, la Vasconia española. Los vascones de la otra vertiente del Pirineo se habían alzado hostigados por las vejaciones que sufrían del gobierno de Aquitania. El rey Luis había marchado en persona contra ellos y sometidos por fuerza. Despues de lo cual determinó venir á la Vasconia ultra-pirenaica, que ya comenzaba entonces á llamarse Navarra. Conocía el espíritu indócil de estos habitantes, que en su independiente altivez, si en algunas ocasiones, como en 806, se amoldaban á la alianza de los galo-francos para sacudirse de los

(1) Anon. Astronom. Vit. Ludovici.—Eginhard. Annal.—Ernold, Nigell.—Fauriel. Hist. de la Gaul. tom. 3.—Murphi.—Conde.

(2) Solo su biógrafo habla de la entrega de la ciudad: ningun otro historiador ni árabe ni franco confirma esta noticia, y los sucesos posteriores demuestran que Tortosa continuaba en poder de los árabes.

sarracenos, nunca de buena voluntad toleraban el influjo de gente extraña, aunque fuesen cristianos como ellos, y solo la necesidad los hacía valerse alternativamente del apoyo de unos y otros, mientras de unos y otros hallaban oportunidad de descartarse. Venía Luis con objeto de afirmar aquí su autoridad, y entrando por San Juan de Pié de Puerto, llegó sin obstáculo á Pamplona por el mismo camino que treinta y cuatro años antes había traído su padre. Ni en la ciudad, ni en su comarca encontró resistencia, y arregló el gobierno del país al modo que en la Marca Hispana lo había hecho.

Sospechosa se le hizo ya por lo extraña al hijo del emperador aquella conformidad de los navarros, y habiendo determinado regresar á Aquitania por aquel mismo Roncesvalles de tan funesta memoria para Cárlo-Magno, no lo hizo sin tomar precauciones para que no le aconteciese lo que á su padre. Y hubiérale sucedido sin prevision tan oportuna, porque ya le esperaban los montañeses dispuestos á repetir la famosa caza de Roncesvalles. Pero Luis hizo reconocer y ojear antes los montes y collados, y las cañadas y valles por donde tenía que pasar, y como hubiese caído en poder de los exploradores un navarro que tomaron por caudillo de aquellas gentes, hízole colgar de un árbol, y apoderándose en seguida de las mujeres y niños de algunas poblaciones de aquellos valles, mandó el rey colocarlos en medio de las filas de su ejército, y así atravesaron aquellos desfiladeros terribles hasta llegar á sitio en que no pudieran ya ser sorprendidos. Tan temibles se habían hecho los navarros, y tan viva se conservaba en la memoria de los francos la derrota de 778 (3).

Mientras de esta manera se libertaba Luis de Aquitania de las asechanzas de los navarros, el jóven Abderrahman, hijo de Alhakem, que había vuelto á tomar el gobierno de la España Oriental, invadía la Marca Hispano-Franca, recobraba á Tarragona y Gerona, llevaba las armas musulmánicas hasta la Narbonense, y volvía cargado de riquezas y cautivos: despues de lo cual pasó á las fronteras de Galicia. Fatigaba á Alhakem y apuraba su paciencia la guerra que por esta parte le hacían los cristianos; tanto que de vuelta á Córdoba en 811, encomendó su dirección á los dos mas bravos generales del ejército musulman, Abdalá y Abdelkerim. Alentados estos con algunos sucesos parciales, llevaron sus campamentos hasta el otro lado del Miño, internándose así imprudentemente en comarcas montañosas que no conocían bien. El resultado de esta imprudencia vino á serles fatal. Dejemos á sus historiadores que lo refieren ellos mismos. «Al año siguiente, dice la crónica arábica (813), vencieron los cristianos al caudillo Abdalá ben Malehi en la frontera de Galicia, y sufrieron los musulimes cruel matanza, y el esforzado caudillo Abdalá murió peleando como bueno, y su caballería huyó en desorden, llevando el terror y el espanto á la hueste que acudillaba Abdelkerim, y á pesar del valor de este caudillo huyeron desbaratados, y por huir se atropellaban, que muchos murieron ahogados en la corriente de un rio, donde confusamente se arrojaban unos sobre otros; otros se acogían á los cercanos bosques y se subían sobre los árboles, y los ballesteros enemigos por juego y donaire los asaeteaban y burlaban de su triste suerte. Cuenta Iza ben Ahmed el Razi, que despues de esta derrota estuvieron trece días ambas huestes á la vista sin osar los cristianos ni los musulimes venir á batalla: pero que en una sangrienta escaramuza que se empeñó por ambas partes, fué herido de un bote de lanza Abdelkerim, y dos días despues murió (4).»

Nada podría expresar mejor esta solemne derrota de los musulmanes, que las palabras sencillas con que la cuenta el historiador de su nación, ni nada puede dar idea del pavor que se apoderó de ellos, como representarlos encaramándose á los árboles y escondiéndose entre sus ramas, y á los cristia-

(3) Eginhard. Annal.—Astron. Anon.—El capítulo 11 del libro VII que Mariana dedica á hablar de la venida de Cárlo-Magno á España abunda, como hemos dicho, de inexactitudes históricas y cronológicas. con mezcla de no pocas fábulas. La invasión de Cárlo-Magno en 778, y la batalla de Roncesvalles la supone en 812 ó 14, y no habla de la de su hijo Luis el Bondadoso.

(4) Conde, cap. 35.

nos entreteniéndose en cazarlos como si fuesen aves de rapina. Estas dos derrotas se verificaron en Naharon y á orillas del rio Ancéo (1). Debieron á resultados de esta victoria los cristianos apoderarse de todo el país desde el Miño hasta el Duero. Pues cuando Abderrahman pasó de la frontera Oriental á la de Galicia, dice la crónica que arrojó á los cristianos de Zamora. Entonces fué cuando ajustó con ellos la tregua de tres años. El rey Alfonso el Casto de Asturias era el que guiaba los cristianos de Galicia.

Desde que los franco-aquitianos habían conquistado aquella parte de España que se llamó Marca-Hispana, habían acudido á aquel país muchos cristianos del interior, huyendo del dominio sarraceno. Todos eran allí bien recibidos, porque hacían falta hombres para poblar y brazos para el cultivo de las tierras. En poco tiempo estos activos colonos hicieron prosperar la agricultura, pero excitada la envidia y la codicia de los condes, oprimieronlos con impuestos exorbitantes, llegando hasta disputarles la propiedad de sus tierras y la posesión de las ciudades que ellos habían fundado. Quejáronse los maltratados colonos al emperador, el cual los escuchó favorablemente, y en su virtud expidió un *praeceptum*, que ahora llamaríamos carta, edicto ó pragmática, á los principales condes de la Gothia (2). La tregua recientemente ajustada entre moros y francos dió ocasion á Luis el Pio para poner en ejecución la carta expedida poco antes por su padre en favor de la población española. El texto del célebre *praeceptum* de Cárlo-Magno, decía así, traducido del latín al español:

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu-Santo, Cárlos, Serenísimo, Augusto, coronado por la mano de Dios, emperador grande, pacífico, gobernador del imperio romano, y por la misericordia de Dios rey de los francos y de los lombardos, á los condes Bera, Gauselino, Giselaredo, Odilon, Ermengardo, Ademar, Laibulfo y Erlino.

«Sabed que los españoles cuyos nombres siguen, habitantes de los países que vosotros administráis, Martín, sacerdote, Juan, Quintila, Calapodio, Asinario, Egila, Esteban, Rebelle, Ofilo, Atila, Fredemiro, Amable, Cristiano, Elperico, Homodei, Jacinto, Esperandei, otro Esteban, Zoleiman, Marchatelo, Teodaldo, Paraparius, Gomis, Castellano, Ardarico, Vasco, Vigiso, Viterico, Ranoido, Suniefredo, Amaucio, Cazorellas, Langobardo y Zate militares, Obdesindo, Valda, Roncariolo, Mauro, Pascales, Simplicio, Gabino y Salomon, sacerdote (3), han acudido á Nos quejándose de las numerosas opresiones que sufrían de vosotros y de vuestros oficiales inferiores. Y nos han dicho, así como lo atestigian los unos de los otros á nuestro fisco, que ciertos jefes del país los han arrojado de sus propiedades contra toda justicia, quitándoles el beneficio de nuestra investidura de que han gozado hace treinta años y mas; representándonos que eran ellos los que en virtud de la licencia que les habíamos otorgado habían sacado estas tierras del estado de incultura. Dicen tambien que muchas ciudades que ellos mismos edificaron les han sido quitadas por vosotros, y que los sometéis á prestaciones injustas, que vuestros ujieres les exigen violentamente y á la fuerza. Por lo tanto, hemos dado orden á Juan, arzobispo (4), nuestro delegado, de presentarse á nuestro muy amado hijo, el rey Luis, para tratar con él de este negocio cuidadosa y minuciosamente. Le enviamos, pues, á fin de que llegando oportunamente y comparciendo vosotros por vuestra parte á su presencia, arregle cómo y de qué manera hayan de vivir los españoles. Hemos, no obstante, ordenado expedir estas cartas, y os las despachamos para que ni vosotros ni vuestros oficiales subalternos

(1) Sebast. Salmant. Chron. núm. 18.

(2) Del nombre de esta marca ó territorio, Gothia, debió derivarse el de Cataluña, que recibió mas adelante la parte española en él comprendida. Gothland, palabra teutónica que significa tierra de godos, se fué latinizando y convirtiéndose en Gothlandia, Gothalanía, Catalonia y despues Cataluña.

(3) Entre estos nombres los hay, como advertirá el lector, de origen romano-hispano, como Cristiano, Homodei, etc., otros góticos, como Atila, Elperico, Viterico, etc., y otros tambien sarracenos, como Mauro, Zoleiman ó Suleiman, Zate, que acaso seria Zaide, sin duda musulmanes conversos.

(4) Era el arzobispo de Arlés.

impongais por vosotros mismos censo alguno á los susodichos españoles, venidos á Nos de España con confianza, propietarios ahora de yermos ó baldíos que les habíamos dado á cultivar, y que se sabe han cultivado, ni permitais que ellos mismos se impongan ninguno, sino que al contrario, mientras nos sean fieles á Nos y á nuestros hijos, lo que han poseído durante treinta años lo posean tranquilos ellos y sus herederos, y vosotros se lo conserveis. Y todo lo que hayais hecho vosotros y vuestros oficiales contra justicia, si les habeis tomado algo indebidamente, lo restituyais al momento si queis obtener el favor de Dios y el nuestro. Y para que deis mas entera fe á este escrito, hemos ordenado que vaya sellado con nuestro anillo.

«Dado el IV de las nonas de abril, en el año de gracia de Cristo, XII de nuestro imperio, el XLIV de nuestro reinado en Francia, y el XXXVIII de nuestro reinado en Italia, en la V indicción. Fecho felizmente en el palacio real de Aquisgran, en el nombre de Dios. Amen (5).»

Este rescripto ó *praeceptum* fué confirmado por dos cartas posteriores redactadas en el mismo espíritu, pero mas explícitas todavía, sobre los derechos y deberes de los españoles refugiados. «Todos los que sustrayéndose á la dominación de los sarracenos, decía el emperador en la primera á sus condes, se pongan espontáneamente bajo nuestra potestad, queremos sepais que los tomamos bajo nuestra protección, y que entendemos que conservan su libertad.» Seguidamente deslinda los derechos y obligaciones de dichos súbditos. Estos colonos estaban obligados como los demás hombres libres á tomar las armas al llamamiento de sus condes, á los cuales competía regularizar el servicio. Estábanlo tambien á proveer de raciones, alojamientos y bagajes á los enviados del emperador y á los de su hijo Lotario. Ninguna otra carga debía imponérseles. Debían comparecer ante su conde, cuando fuesen judicialmente llamados, así en las causas civiles como en las criminales. Los negocios de menor cuantía, las contestaciones ó diferencias que se suscitaban entre ellos y aquellos á quienes cedían sus tierras como precio del trabajo, podían juzgarlas entre sí, segun su antigua costumbre (6). Pero los delitos de los terratenientes quedaban sujetos á la jurisdicción de los condes. Los colonos perdían todo derecho de propiedad sobre las heredades que cultivaban en el caso de abandonarlas, y volvían á su primer dueño. En lo demás los colonos estaban exentos de tributos, y dependían directamente del emperador. Pero podían, segun costumbre franca, hacerse vasallos particulares de un conde, ó feudatarios suyos, si les parecia mas ventajoso. El original de este rescripto ó constitución, como se nombra en latín (7), se depositó en los archivos del palacio real de Aquisgran, y se sacaron para cada ciudad tres copias, una para el obispo, otra para el conde, y otra para los vecinos españoles, es decir, para el pueblo.

La tercera carta (de 10 de enero de 816) arregló al fin las relaciones de los españoles entre sí. Los que se habían hecho vasallos de un propietario y en cambio y remuneración habían recibido tierras de él, debían conservar su disfrute con las condiciones una vez pactadas; cuya disposición se hizo extensiva á todos los refugiados españoles que en lo sucesivo se establecieron en las Marcas. De esta ordenanza se depositaron siete copias en las ciudades de Narbona, Carcasona, Rosellon, Ampurias, Barcelona, Gerona y Beziers, en cuyos territorios formaban los españoles una considerable parte de la población y tenían mas particularmente sus propiedades (8).

Por esta reseña vemos la particular constitución que regia á los españoles de estas Marcas. Súbditos del imperio por una parte, sujetos por otra en lo militar y judicial á los condes,

(5) Baluz. Capitul. Tom. II.

(6) *More suo, sicut hactenus fecisse nascuntur.*

(7) *Cujus constitutionis in unaquoque civitate, etc.*

(8) Entiéndese que estos dos rescriptos fueron dados ya por Luis el Pio, que había sucedido á su padre en el imperio, como ahora vamos á ver. Romey ha ilustrado mucho con documentos y útiles investigaciones este período de la historia franco-hispana, y su relacion, conforme en lo general con nuestras averiguaciones, nos ha parecido preferible á otra alguna.